

***El goce absoluto del arte: Breton, Camus y Winnicott: sobre el verdadero-falso self***

**Daniel Ripesi**

*¿Cuándo llegará, señores lógicos,  
la hora de los filósofos  
durmientes?*  
André Breton

Muchos individuos tejen su vida en el encadenamiento más o menos mecánico de pequeños acontecimientos. Han aprendido a recibir cada nuevo día sin demasiadas expectativas y a despedirse de cada jornada sin mayores nostalgias. Sus días corren en una sucesión de labores y distracciones que se viven con la misma indiferencia o resignación. Encaran charlas anodinas con el portero del edificio donde viven con el mismo énfasis con el que saludan a sus seres queridos cada mañana antes de irse a trabajar, o cada noche al regresar. Se podría decir que alternan alegrías y fracasos con el mismo temple y la misma moderación.

Muchos de ellos discuten agriamente con quienes aún conservan algún tipo de ilusión y se animan a confesarla. La ironía los asiste. Este grupo de individuos no nos interesa. Detengámonos solo en aquellos que sobrellevan el tedio de sus días con cierta fatiga. Es a estos a quienes una sensibilidad que aún no está completamente adormecida, les permite advertir (un día cualquiera, y a partir de algún suceso casual y nimio), que han perdido el deseo de vivir.

Frente al panorama monocromático de sus días y el envejecimiento que de pronto han notado con toda claridad en el reflejo que les devuelve una vidriera cualquiera, estos sujetos se preguntan: “¿para qué todo esto?”. Y “todo esto” es una inmensidad parecida a la nada. Es esta penosa alternativa existencial la que ocupó –desde diversas expectativas e intereses– al pensamiento de Camus, Breton y Winnicott.

Nótese que para los sujetos que hemos descrito, la pregunta sobre el sentido de la vida no llega después del desmoronamiento de ciertos ideales frustrados. Dejemos a un lado aquellos individuos cuya sensibilidad demasiado exacerbada por elevadas exigencias morales y estéticas se preguntan si vale o no vale la pena seguir viviendo. Reparemos, sencillamente, en aquellos otros casos en los que la pregunta por el sentido de la vida llega como una visita inesperada. Conmovidos por el movimiento que genera cierto azar, asumen un fatalismo que ya no pueden

negar: la vida ha perdido para ellos –repentinamente– todo sentido. Pierden, de un plumazo, su estado de inconsciencia.

Reflexiona Camus que en algunos casos la única respuesta al “¿para qué todo esto?” sea el suicidio. *Son muchas las causas del suicidio, y de una manera general –nos advierte Camus– las más evidentes no son las más eficaces. Lo que desencadena la crisis es casi siempre incontrolable. Los diarios hablan con frecuencia de “penas íntimas” o de “enfermedad incurable”. Son explicaciones valederas. Pero habría que saber si ese mismo día un amigo del desesperado le habló con un tono indiferente. Esa sería la causa, pues tal cosa puede bastar para precipitar todos los rencores y todos los cansancios todavía en suspenso.*<sup>1</sup>

De pronto esa rutina que nuestro sentido común protege con todas sus fuerzas, trastabilla por un instante, y entonces, con la vacilación o el desdén inesperado con que nos saluda un amigo que cruzamos en la calle –como plantea Camus–, se desencadena una tragedia inesperada (porque ese día preciso necesitábamos con desesperación que alguien nos saludara con cierto afecto), entonces, toda una vida se desploma en el acto.

Entiéndase bien, no se trata de la indiferencia del amigo en sí misma, sino que toda una pobre y desesperada existencia estuvo “esperando” ese desdén para tener la oportunidad de manifestarse, justo en ese instante se revela el momento más riesgoso y crítico de una existencia, pero también el de mayor fertilidad, porque es el instante en que se interrumpen todas las certidumbres anticipadas que regulan una vida. Súbitamente se cierra un mundo y puede abrirse otro. Entre tanto, ese episodio que trastoca el hilo previsible de nuestra existencia, nos enfrenta con la más aguda de las fragilidades, la propia y la ajena, las de los demás y la del mundo que nos rodea.

Salto imprevisto sobre un abismo. Por unos segundos habitamos un intervalo, un interregno, sobrevolamos un vacío. Nadie asegura que lleguemos a la otra orilla. Algo quiebra los hábitos en los que se apoya una existencia y la novedad que ese hecho despierta, (la de un amigo que de pronto no nos presta la debida atención) se hace insoportable. Se abandona un terror cotidiano pero domesticado y se enfrenta de pronto otro terror, un terror sin nombre por lo insólito de su ocurrencia.

*Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio*

---

<sup>1</sup> Albert Camus, *El mito de Sísifo*, Ed. Losada, Bs. As., 1997.

de esa costumbre...<sup>2</sup>Se rompe una complicidad basada en la costumbre y se enfrenta algo irrisorio: la observación repentina en esa inercia monótona de ser nosotros mismos. De golpe nos damos risa... y pena.

Pero esa autoobservación repentina implica que se ha realizado –por mínimo que sea– un cierto abandono de la situación observada inicialmente. No un abandono total, simplemente nos hemos puesto a una cierta distancia crítica de nosotros mismos para advertir de pronto un inaudito automatismo existencial. Ahora bien, en ese desdoblamiento (el que está a punto de repetirse de manera inconsciente y el que advierte ya la inminencia de esa repetición) ¿dónde estamos verdaderamente?

A poco que creamos ser ese nuevo personaje que “se” observa desde cierta distancia reeditamos un engaño. Ese repentino sentido crítico que de pronto nos dispensamos, nos tienta con hacernos creer que, en ese nuevo punto de vista conquistado, *somos el que no se repetirá...* Se habrá reconstruido así lo que se creyó abandonar, una ficción que nos construye, seduce y aplasta: nuestro propio yo (ahora situado “un poco más allá”). Pessoa se preguntaba “¿quién soy entre yo y yo?”<sup>3</sup> Se podría adelantar que, entre “yo y yo”, habita un extraño: el propio *ser* en movimiento, no coagulado aún en certezas duraderas y aplastantes.

Un aspecto importante de la revolución epistemológica que produjo el psicoanálisis, acompañado por diversos movimientos culturales y filosóficos de inicios del s. XX, fue dejar de confundir al “ser” de un sujeto con su “yo”. Otro tema es cómo cada pensador –dentro de ese movimiento cultural en el que se incluye el psicoanálisis–, tematizó ese exceso subjetivo que desborda al dominio pleno del yo. Y es, en la naturaleza del *Ser* (más allá del intento del yo por abarcarlo por completo), donde habrá diferencias de criterio, porque, en cuanto a la naturaleza del yo, no habrá mayores disidencias entre los distintos pensadores. A todos anima la superación de un tal Descartes.

Así, Camus nos habla de esa compulsión del espíritu que busca comprender a toda costa al universo entero. No importa el costo: simplificación absoluta de lo diverso, forzamiento a la unidad de lo múltiple y búsqueda frenética de una coherencia necesaria en el mundo y en uno mismo. Cada individuo se impone una exigencia constante de claridad, de familiaridad, basada –según los propios términos de Camus– en una *nostalgia de unidad*, que se evidencia en ese “apetito de absoluto (que) ilustra un movimiento esencial del drama humano”. Se adivina en esa obstinación por lo absoluto, lo simple, lo coherente, gran parte de los intereses del Yo.

---

<sup>2</sup> Ob. cit.

<sup>3</sup> Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*, Emecé, Bs. As., 2005.

Para A. Breton, el yo –por razones similares a las recién esgrimidas– es la condena subjetiva de los seres humanos a las leyes del utilitarismo convencional “protegidas por el sentido común”. En su caso, se trata de esa “insoportable manía de equiparar lo desconocido a lo conocido, a lo clasificable que domina a los cerebros...” En ambos casos, el destino del individuo es un creciente e insoportable sentimiento de futilidad, un profundo empobrecimiento psíquico, y la pérdida de toda razón para vivir... Podríamos sumar a Winnicott, quien en ese sentido prefiere hablar más de “falso *self*” que de “Yo”.

El movimiento surrealista anheló con pasión la destrucción sistemática del “yo”, porque “entre yo y yo”, habitaba –para este movimiento– tanto el terror de lo inédito, como lo maravilloso y fascinante –también– de lo inédito. En la disolución del yo se creía ver la emergencia del Ser en su estado más indócil, natural, espontáneo. Un ser aún sin forma, sin condena, sin pasado. Winnicott ve en eso al verdadero *self* por oposición al falso *self*, como ese instante de lucidez que –según Camus– verifica lo absurdo de la vida y –paradójicamente– se compromete con ella con mayor libertad.

Para Camus no hace falta “disparar” municiones, como si fuera un ejercicio de la voluntad, contra el poder dogmático del Yo sobre la subjetividad. Eso implica un contrasentido. La voluntad está, en todo caso, del lado del yo, de su esfuerzo de autoafirmación. Por el contrario: “La sensación de lo absurdo está –nos dice Camus– a la vuelta de cualquier esquina y puede sentirla cualquier hombre”. Por imperio de pequeñeces, que son ajenas a todo domino posible del Yo, este se puede tornar un extraño para sí mismo. El mundo mismo puede tornarse extraño, mostrar de golpe su espesura, de modo que, por ejemplo, los “...árboles pierden al cabo de un minuto el sentido ilusorio con que los revestíamos (...) La hostilidad primitiva del mundo llega hasta nosotros (...) Esas apariencias disfrazadas por la costumbre vuelven a ser lo que son. Se alejan de nosotros”.<sup>4</sup>

Hay, entonces, en todo cuanto nos rodea –y en nosotros mismos– un fondo inhumano que por momentos se nos revela. En esa pantomima casual de un gesto carente de sentido descubrimos la inmensa estupidez de todo cuanto nos rodea. Hay que decirlo, esa observación repentina de lo absurdo en la existencia es la del propio yo que se resiste a abandonar sus hábitos irresistiblemente lógicos. Una obstinación sin duda perdonable.

Sin embargo, en ese momento único en el que lo absurdo se apodera de una existencia, donde –según Camus– “*la cadena de los gestos cotidianos se interrumpe*”, nos confrontamos con un vacío de sentido que puede ser, también, el *comienzo* más verdadero y más real de un

---

<sup>4</sup> Albert Camus, ob. cit.

destino. Fogonazo de la conciencia que ilumina, con una luz cruda y directa, lo que ya no se podrá negar, lo absurdo de la existencia. El *ser* prepara, entonces, una respuesta. Se recupera la pasión a partir de una fe en el vivir que nace de la desesperación: “*Se trata de morir irreconciliados y no de buena gana*”.<sup>5</sup>

Y el goce absurdo por excelencia es el arte, y la expresión de una existencia potencial comienza donde termina el régimen del pensamiento lógico que ordena y juzga. El arte no busca explicar nada, ni consumir un sentido, ni aportar una nueva lógica. El arte respeta al misterio, y le rinde homenaje.

A diferencia de A. Breton, para Camus, el arte no intenta subvertir esa realidad a la que todos dan por sentado y a la que todos se adaptan con tanta docilidad, sino que propone un rechazo, pero admite que, en ese rechazo, habrá siempre algo de aceptación de lo ya está establecido. Es este un desgarramiento subjetivo permanente en el artista: “No se trata, pues de saber si el arte debe huir de lo real o someterse a lo real, sino tan solo de saber qué dosis exacta de lo real debe conservar la obra para no desaparecer en las nubes o, por otra parte, arrastrarse con plantillas de plomo”.

Atrapar la realidad tampoco es sencillo, porque nunca está enteramente realizada. Camus ironiza sobre la posibilidad de filmar la vida de un sujeto para retenerla en cada uno de sus detalles; circunstancia que, nos advierte Camus, permite “atraparla” si uno ha decidido a perder la propia vida para poder ver ese documento filmico... “...la realidad de la vida de un hombre no se encuentra tan solo en el lugar que ese hombre está. Se halla en otras vidas que dan forma a la suya, vida de seres amados, en primer término, que habría a su vez que filmar, pero también vidas de hombres desconocidos.”

El momento que Camus tematiza como de ruptura de cierta inercia basada en el hábito, momento de lucidez, al mismo tiempo doloroso y prometedor, es pescarse en esa enajenación de la propia personalidad. “Uno es otro”, a partir de ese descubrimiento, solo queda trabajar para apropiárselo... pero del modo más personal posible. “Hacer del otro uno mismo”, trabajar una apropiación que construya ese ser en rebeldía.

Más allá de las referencias identificatorias que atrapan y le dan forma a nuestra apariencia, hay –para Winnicott– en cada ser humano un ser incognoscible, secreto, indecible, núcleo insondable que no se enajena en ningún patrón cultural, que rehúye toda forma expresiva (aunque sea el motor de todo intento de expresividad). Un ser recóndito que desborda toda

---

<sup>5</sup>Albert Camus, *El hombre Rebelde*, Ed. Lozada, 2003, Bs. As.

impronta que el deseo venido desde los otros pretende imponernos a su antojo y gusto, un ser que no se somete a la voluntad de dominio –incluso– del propio sujeto.

Este es el aspecto central del *self* que no se organiza alrededor de ninguna pauta coagulada de “personalidad”, pero que impulsa al sujeto a vivir (y a vivirse de otro modo). Lo empuja a ser lo que todavía no es ni imagina ser. Esa dimensión del ser es la que A. Breton quiere recuperar atacando al Yo. La búsqueda, entonces, de un ser único, nuevo, sin condenas ni ataduras. Breton imagina un “verdadero *self*” liberado de su “falso *self*”, algo que Winnicott jamás hubiera autorizado.

¿Dónde encontrarlo? Los locos y los niños dan testimonio para Breton, de ese ser que hace sin saber, que tiene trato habitual con lo insólito, en fin, la gloria inaudita de hacer sin saber qué se hace. “Gracias al surrealismo –dice Breton– parece que las oportunidades de la infancia reviven en nosotros. Es como si uno volviera a correr en pos de su salvación o de su perdición definitiva. Se revive, en las sombras, un terror preciso...”. “El espíritu que se sumerge en el surrealismo revive exaltadamente la mejor parte de su infancia”. Es preciso liberarse de las ataduras del Yo, volver a recuperar el gesto espontáneo, al acto puro sin explicaciones (“El adorno del comentario –agrega Breton– ningún beneficio produce al acto”).<sup>6</sup> En ese sentido, la cita con lo maravilloso se evidencia en el encuentro de imágenes que contienen el más alto contenido de arbitrariedad, las que más tiempo tardan en traducirse al lenguaje práctico, las que contienen el máximo porcentaje de contradicción (viva *Alicia en el país de las maravillas* y su exegeta Deleuze).

El gesto espontáneo del que habla Winnicott, y cuya fuente es el núcleo del *self*, se aproxima mucho a ese acto espontáneo que anhela recuperar Breton. Ese acto inédito que puede prescindir de la palabra, que –por el contrario– encuentra en las razones del discurso un estorbo para la verdadera creación, es el *verdadero self*. Breton, como M. Ponty –desde otro lugar del pensamiento–, busca un ser *antepredicativo*, un individuo no acosado por las exigencias de no contradicción y del sentido crítico.

En las discontinuidades de esa ficción de unidad que supone el Yo, en cada una de sus fracturas o intervalos, el surrealismo intenta encontrar esa otra emergencia fugaz que regula –para Ponty– cierta *ley misteriosa y desconocida*, y –para Breton– un estado de inocencia que encuentra lo maravilloso “...creo en la pura alegría surrealista del hombre que, consciente del fracaso de todos los demás, no se da por vencido, parte de donde quiere y, a lo largo de cualquier camino que no sea razonable, llega donde puede.”

---

<sup>6</sup> André Breton, *El manifiesto surrealista*. Ed. Argonauta, Bs. As., 2002.

Breton ofrecía –como lo comentábamos en el capítulo anterior– un método para lograr el encuentro con lo inédito, con ese insólito que amplía el campo del deseo: *la escritura automática*. Similar al método psicoanalítico de la “libre asociación”, Breton pide dar libre curso al “Dictado del pensamiento no dirigido, emancipado de las interdicciones de la moral, la razón o el gusto artístico (...) es el método más seguro para devolver a la palabra su inocencia y su poder creador originales”. Qué próximos están en eso Breton y su contemporáneo Ponty; para este último, no se piensa antes de hablar, hay identidad –en ambos pensadores– entre pensamiento y palabra. Lo que uno cree “está detrás de la palabra”; ordenándola, dándole su recorrido más adecuado, preparando su expresión menos equívoca, es ya la condena del propio sujeto que no dirá nada “nuevo” y se repetirá hasta el hartazgo.

La palabra nueva (la palabra plena, decía Ponty, más tarde Lacan) emerge en estado de inadvertencia del propio sujeto, está en el borde del acto automático –de A. Breton–; del lapsus –para el psicoanálisis–; de lo absurdo, –para Camus–; del gesto espontáneo, –para Winnicott. Resume finalmente Breton: “siempre hay una extraña intrusión, una dichosa o nefasta ‘casualidad’ que vuelve irrisorias todas nuestras previsiones del sentido común”.

Deriva de la intrusión de Dios –como diría Borges– que acecha en los intervalos...

## Referencias

Breton, A. (2002). *El manifiesto surrealista*. Buenos Aires: Ed. Argonauta.

Camus, A. (1997). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Ed. Losada.

Camus, A. (2003). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Ed. Losada.

Pessoa, F. (2005). *El libro del desasosiego*. Buenos Aires: Emecé.

Winnicott, D. W. (1960). Deformación del ego en términos de verdadero y falso *self*. In D. W.

Winnicott, *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Ed. Laia, 1979.